

Abril 17, 2021

Misericordiando

Puede ser que nosotras en la Familia de la Misericordia hayamos alcanzado ahora uno de los momentos más exigentes en nuestra historia. Al tratar de encarnar el persistente llamado del Evangelio a ser una Presencia Global de la Misericordia, enfrentamos ahora las difíciles interrogantes de una mayor conversión personal y social a la que nosotras y toda la humanidad está llamada.

Usamos tanto el sustantivo “misericordia” para describir nuestra vida y misión, que es posible que hayamos diluido su significado y tratado esta misericordiosidad como una ya ganada y cómoda respuesta para el mundo y su gente. Quizas necesitamos refrescar nuestro escuchar de la amplia gama del llamado del Evangelio y revitalizar nuestra dedicación a lo que Jesús nos pide constantemente, al utilizar más frecuentemente el verbo, “misericordiar”.

Misericordiar a los demás, involucrarse misericordiando, misericordiar es actuar y abogar, sanar y protestar, acompañar y despejar el camino, hacer las obras de misericordia en los hospitales de campaña del mundo y trabajar para eliminar la necesidad de algunos de esos hospitales de campaña. Es socorrer a los pueblos crucificados y pedir a la humanidad que se aleje de sus estructuras y prácticas crucificadoras. Es convertirse para y con los demás en las manos activas y la voz del Misericordiar de Dios.

Nosotras en la Familia de la Misericordia estamos llamadas a ser humildes, actores menores en la misión transformadora de Jesús el Cristo. Estamos llamadas a ser quienes observan lo que Jesús está haciendo, aprender de él y asemejarnos a él, y entonces unirnos a él bajo el yugo.

Hemos de ser portadoras de camillas de los paralíticos, cargadoras de féretros en Naín, los brazos en quienes se apoyan los cojos, quienes escuchan a los mudos y claman por una escucha humana más amplia, quienes comen con y tratan de influenciar a los recaudadores de impuestos. Hemos de ser las madres y los padres de los epilépticos, las manos que ayudan a los ciegos, las voces que animan a los leprosos a acercarse, el muchacho que trae y comparte sus dos pescados, los Simones de Cirene, los centuriones que ofrecen esponjas empapadas en vino.

La acción de misericordiar es más que hacer las obras de alimentar, vestir, albergar y consolar. Es también actuar persistentemente para eliminar lo que causa la necesidad para ese misericordiar: las políticas injustas, las estructuras opresoras, el generalizado ignorar y la indiferencia casual hacia el sufrimiento humano, las actitudes complacientes de supremacía que permiten dicho sufrimiento.

Hemos de ser quienes amplifican la voz de Lazaro a la puerta del rico, quienes están de pie con la mujer sirofenicia que suplicaba por su hija, los José de Arimatea que se atreven a presentarse a los Pilatos de este mundo, y los Pedros y los Juanes valientemente enseñando a los líderes del templo en la puerta llamada La Hermosa.

A través de ese misericordiar, podemos despertarnos lentamente a nosotras mismas y a los demás del sueño dañino de nuestra inhumanidad.

Porque la verdad que necesitamos afrontar es que los seres humanos todavía estamos sin acabar, todavía estamos en el largo proceso de convertirnos en verdaderos seres humanos. Como seres individuales y como una familia humana global, aún no somos lo que nuestro Creador sueña que seremos. En la evolución el cosmos y el lento madurar de toda su vida creada y energía incrustada, nosotros los seres humanos estamos todavía muy lejos de lo que Dios espera y nos ayuda a llegar a ser, tanto como seres humanos individuales y como una humanidad universal.

Sabemos muy bien que el genuino amor universal por y para toda la humanidad aún no habita en esta Tierra. Colectivamente aún carecemos de la única característica humana plena y definitoria: amor universal y solidaridad. Todavía no somos una especie universalmente misericordiante. Estamos en nuestro camino, el Camino de Jesús, en esta lenta conversión, pero aún no hemos llegado a la preparación humana universal para el pleno reino venidero del Amor, Justicia, Paz y Misericordia de Dios. La evidencia de esa falta de preparación parece estar en todo nuestro alrededor, en nuestras varias colinas del Calvario, cercanas y lejanas.

Como especie, aún estamos crucificando personas - en diversas formas, modernas, económicas, políticas, sociales y ambientales, que son demasiado numerosas para enumerar. También sabemos – al examinar nuestros propios estilos de vida, comportamiento y preocupaciones – que nosotros mismos aún no amamos a todas las personas en esta Tierra tan ampliamente y tan a fondo como Dios nos pide. Nuestra ignorancia personal, indiferencia, preferencias y acciones son a menudo demasiado ensimismadas y autolimitadas. Con mucha facilidad construimos excusas para los límites que ponemos en nuestro misericordiar.

Por eso, debemos continuar para entregarnos humildemente a la conversión transformadora que ha sido puesta en movimiento por la creación misericordiante de Dios de nosotras, la encarnación del propio Hijo de Dios, y el generoso don del Espíritu guiator de Cristo entre nosotras.

Sabemos que el amor universal de toda la humanidad no es simplemente una actitud intelectual o un sentimiento emocional pasivo. Sabemos que es, más profundamente, un movimiento diario y personal hacia abrazar y aliviar los sufrimientos de todas nuestras hermanas y hermanos en nuestra Casa Común – aquellos con quienes vivimos, quienes viven a la puerta de al lado, los que vemos en la televisión y en los periódicos, aquellos en la selva amazónica, Haití, Camerún, Yemen, Birmania, Guatemala, las Filipinas, Papua Nueva Guinea, Tonga y muchos otros lugares. Sabemos que estamos llamadas no solamente a aliviar su miseria, sino a abordar sus causas.

Sí, misericordiar es un llamado enorme, del tamaño del Evangelio al cual nosotros los seres humanos débiles, podemos responder solo poco a poco. Sabemos que convertirnos, individualmente y en conjunto, en personas humanas que realmente aman a toda la humanidad *como* Cristo nos ama, es la continua obra creativa de Dios en la que se nos pide que colaboremos tan plenamente como podamos. Pero como Catalina McAuley frecuentemente nos dijo: “Si somos humildes y sinceros, Dios acabará en nosotros la obra que Dios ha empezado. Dios nunca niega la gracia de Dios a quienes la piden”. (*Dichos Prácticos*, 3).

Catalina tenía otro buen consejo que puee darnos valor y confianza en nuestro misericordiar diario. Una vez le dijo a Mary de Sales White:

“La lección más simple y práctica que conozco es resolver ser una buena persona hoy – pero mejor mañana. Tomemos un día a la vez, simplemente haciendo una resolución para mañana. Así podemos esperar continuar – tomando pasos cortos cautelosos, no grandes zancadas” (CCMcA, 365).

Así que resolvamos tomar esos pequeños pasos diarios para convertirnos, y guiar a la familia humana que tropieza, para llegar a convertirse en los seres humanos amorosos que Dios aún sueña que seremos. Sigamos adelante en nuestros esfuerzos diarios de misericordia. Encontremos y llevemos nuestros mejores frascos de alabastro llenos de perfume para ungir el cuerpo de Cristo; despejemos el camino para dar paso a Cristo y su pollino; permanezcamos de alguna forma al pie del Árbol cuanto haya la tentación de huir; y llevemos nuestras especies dadas por Dios a los cuerpos en mil tumbas.

Este misericordiar va a ser una larga jornada, una peregrinación de pasos cortos pero constantes, para la cual puede que ahora llevemos mucho equipaje que nos distraiga y muy poca fuerza personal. Pero “Dios acabará en nosotros la obra que Dios ha comenzado”. Un día, habrá una humanidad humilde, amorosa, una plena, extensa y verdadera “presencia global de la Misericordia”. La familia de la Misericordia no pretenderá ser esa plena presencia maravillosa, o sus líderes, sino solo rostros amorosos en la ahora verdaderamente humana multitud. Esta humanidad despierta y universalmente amorosa, justa y misericordiosa se consagrará al bien común y será elevada a tal plenitud por la vida Siempre Resucitada de Jesús el Cristo.

Cristo habrá atravesado todas las puertas cerradas de nuestras concepciones estrechas y de nuestra indiferencia; él habrá guiado nuestros dedos por todas sus llagas todavía abiertas. Y entonces, transformadas y transformados, iremos a encontrarnos con él en Galilea, donde, aún ahora, él está preparando un Desayuno-Banquete. Y, casi increíblemente, él nos dice que el fuego junto al mar del Reino misericordioso de Dios que él está encendiendo necesita y quiere nuestros pececitos, nuestras pequeñas misericordias, así que démonos prisa para llevarlas hacia la orilla.

Mary C. Sullivan, RSM